

En memoria de Cristo

“Y tomando el pan, habiendo dado gracias, partió, y les dio, diciendo: Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado: haced esto en memoria de mí. Asimismo también el vaso, después que hubo cenado, diciendo: Este vaso es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama.”
— *Lucas 22:19,20*

LA FECHA de este año para la Cena Conmemorativa es la noche del jueves, 14 de abril, luego del atardecer. Esta es la fecha apropiada en la cual conmemoramos la muerte de Jesús, nuestro Redentor, siendo el aniversario del día en el cual fue condenado a muerte y crucificado hace casi veinte siglos.

La Cena de Conmemoración que es celebrada cada año por cristianos dedicados en todo el mundo está asociada a la Pascua de Israel,

establecido por Dios como se registra en Éxodo 12:1-14. La Conmemoración no es una continuación de la Pascua de Israel ni es el cumplimiento de la Pascua. Jesús, mediante su muerte en sacrificio como el “Cordero de Dios” cumplió la visión de la Pascua. (Juan 1:29) Nuestra celebración en Conmemoración ahora es una conmemoración de la muerte de Jesús, el mayor Cordero de Pascua. El Apóstol dice “Cristo, nuestro Cordero pascual, ya ha sido sacrificado. Así que celebremos nuestra Pascua”. —I Cor.

5:47,8, Versión Estándar en Inglés

La Pascua original, celebrada por los Judíos la noche anterior a la liberación de Egipto, estaba íntimamente asociada con esa deliberación. De forma similar, vemos que el sacrificio de Jesús, el “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”, hace posible la liberación de la humanidad de la esclavitud del pecado y la muerte. En la primera celebración de la Pascua, el primogénito de cada familia estuvo en grave peligro de muerte. Su seguridad dependía de la protección de la sangre del cordero de Pascua sacrificado. Estando así protegidos de la muerte, y luego de ser liberados, pasaron a ser representados por la tribu levítica, los servidores de toda la casa de Israel.—Éxodo. 11:4-7; 12:12,13; Núm. 03:11-13

Durante la actual era cristiana, también apreciamos que hay una clase “primogénita” que está en grave peligro de muerte y que está bajo la protección de la sangre de Jesús, el mayor Cordero de Pascua. El Apóstol Pablo se refiere a este grupo como la “congregación de los primogénitos que están alistados en los cielos”. (Heb. 12:23) Estos, como los primogénitos de Israel, están protegidos por la sangre, y luego son liberados en la “libertad gloriosa de los hijos de Dios”. (Rom. 8:21) Junto con Jesús, se convertirán en los líderes del pueblo en el próximo reino de Dios. A través de su administración, todas las familias de la tierra serán liberadas finalmente del pecado y la muerte, restaurado a la perfección original y la vida que se perdió por el pecado de nuestros primeros padres.—Rom. 5:12,18,19; Lucas 19:10; Hechos 3:20-25

La condición para que a la clase primogénita de esta época se le permita vivir y reinar con Cristo y participar con él en la obra futura de liberación de la humanidad, es que sufra y muera con él. (Rom. 8:17; 2 Tim. 2:11,12) Jesús fue conducido “como cordero fue llevado al mata-

dero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca”. De la misma manera, se dice que la iglesia es “muerta todo el tiempo” y “estimada como ovejas de matadero”.—Isa. 53:7; Ro. 08:36

LO QUE GUARDAMOS EN NUESTRA MEMORIA

Del resumen anterior de reflexiones asociadas con la Cena Conmemorativa podemos ver que ante todo en nuestras mentes y corazones en esta ocasión debe estar el gran amor del Padre Celestial, como se demuestra a través de su Hijo unigénito. (Juan 3:16; II Cor. 9:15) Nuestra apreciación por amor de Dios debe, en efecto, aumentar a medida que reflexionamos sobre el gran costo implicado al enviar su Hijo amado a morir en nombre de toda la humanidad.

Nuestra apreciación por Jesús también debe aumentar. Si bien el Padre Celestial en su amor envió a su único Hijo, también es verdad que nuestro Señor participó con gusto en esta disposición divina. Los sentimientos de su corazón siempre fueron “El hacer tu voluntad, Dios mío, hame agradado; Y tu ley está en medio de mis entrañas”. (Sl. 40:7,8; Heb. 10:5-7) Nuestra gratitud hacia Dios y su Hijo, Jesús, por el gran don de la redención será en la medida en que comprendamos la plenitud de todo aquello que se implica en tan maravillosa provisión para la humanidad que sufre y agoniza.

Para darnos cuenta completamente de lo que la muerte de Jesús significa que debe hacernos muy humildes, ya que nos hace pensar en nuestra propia imperfección, nuestra condición de deshechos. Esto debería ayudarnos a darnos cuenta de que no tenemos nada propio sobre lo que podamos presumir, ni con lo que podamos encomendarnos al Señor y esperar su favor. (Efe. 2:8,9) Debe ayudarnos a comprender mejor la importancia vital de aquellas

palabras conocidas del himno, “En Cristo, la Roca Sólida, estoy parado; Todo otro terreno es arena que se hunde”.

Al recordarnos nuestras propias imperfecciones y la necesidad de estar bajo la cobertura de la sangre de Jesús, debemos ser cada vez más comprensivos con los demás, específicamente con nuestros hermanos. Es una gran locura criticar a los demás por sus debilidades, cuando, de hecho, nos vemos afectados por imperfecciones similares y posiblemente mayores que las de aquellas personas a las que podemos ser propensos a juzgar y menospreciar.

Durante la noche de la primera Cena Conmemorativa, instituida por el propio Maestro, hubo alguien presente, Judas, que tenía en su corazón traicionar al Señor. Por lo tanto, es apropiado que, a medida que nos acercamos al momento de la celebración Conmemorativa de este año, cada uno de los consagrados de examine su propio corazón con atención, para asegurarnos de que no juzgue ni condene, traicionando a uno de los hermanos del Señor.—I Cor. 11:27,28).

En la Pascua israelita, se les ordenó tener sus casas libres de toda levadura. Cuando conmemoramos la muerte del Cordero de Dios, es importante que limpiemos nuestros corazones de la levadura del pecado. En efecto, así podemos examinarnos para estar seguros de que nuestros corazones están llenos de amor y simpatía por todos y listos para dar la vida por los hermanos.—I Cor. 5:7,8; Juan 15:12,13

UNA VERDADERA EXPRESIÓN DE AMOR

En el capítulo decimotercero de Corintios I, el Apóstol Pablo enumera las características del amor, entre las que se encuentra su afirmación de que el amor “no busca lo suyo”. (Versículo 5) Vemos esta característica particular del amor del Maestro en el momento en que instituyó la

Commemoración original. Fue el amor que no busca lo suyo lo que impulsó a Jesús a hacer el sacrificio supremo en nombre de la iglesia y el mundo. Fue este amor el que le permitió tratar al traidor, Judas, como “amigo”. (Mat. 26:47-50) Jesús no había hecho ningún mal por el que debiera sufrir. Siempre fue recto, justo y en armonía con la voluntad del Padre. Sin embargo, se entregó voluntariamente a sus acusadores y permitió, no solo ser traicionado, sino también ser crucificado. He aquí el ejemplo máximo de cómo el amor divino no busca lo suyo.

Es conveniente, cuando recordamos la muerte de nuestro Redentor y buscamos entender mejor el motivo que impulsó este sacrificio supremo, que examinemos nuestro propio corazón con el fin de asegurarnos que esté lleno con verdadero amor que “no busque” lo suyo. Dicho examen es posible al notar nuestra actitud con aquellos que creemos que nos han perjudicado de alguna manera. ¿Contamos con el espíritu de la venganza? ¿Deseamos pagar en especie? ¿Sentimos que la justicia ordena que los agravios de los demás sean expuestos y castigados públicamente? Por otra parte, ¿es el amor de nuestros corazones tan pleno como el amor del Maestro como para estar dispuestos a renunciar a las exigencias de la justicia estricta y, al no buscar lo nuestro, dar la vida en interés de todos, incluso por aquellos que nos han ofendido?

El principal poder motivador del pecado es el egoísmo. Por lo tanto, mientras nos esforzamos por limpiar nuestros corazones de la levadura del pecado para poder participar en la Cena Conmemorativa de forma aceptable, es bueno que tomemos nota de la medida en que nuestros pensamientos, palabras y actos son impulsados por el interés propio, en lugar del deseo de saber y hacer la voluntad del Padre. El interés propio puede manifestarse a lo largo de varias líneas. Por ejemplo, podría ser el deseo por

la comodidad, el placer, la salud, la riqueza, tener nuestro propio camino o la ambición. Si encontramos tales áreas de debilidad, no existe mejor momento para volver a dedicarnos a hacer la voluntad de Dios que cuando conmemoramos la muerte de Jesús, nuestro Redentor. Al hacerlo, debe ser en plena conciencia del hecho de que al dejar de lado el interés propio y llevar a cabo la voluntad de Dios, nosotros también, como Jesús, seremos conducidos por los caminos del servicio y sacrificio en nombre de los demás.

EL PAN Y EL CÁLIZ

Jesús y sus discípulos estaban reunidos en la “sala superior” para comer la cena de Pascua. Aparentemente, fue al final de esta que el Maestro tomó algunos de los panes sin levadura y del fruto de la vid que quedaba, e instituyó la Cena Conmemorativa. (Lucas 22:7-15; Mateo 26:26-29) Tomó el pan y luego de bendecirlo y romperlo, se los dio a sus discípulos y dijo: “Tomad, comed: esto es mi cuerpo que por vosotros es partido”. (1 Cor. 11:24) El Maestro quiso decir que este pan representaba su cuerpo simbólicamente y, al participar, los discípulos decían que se apropiaban gustosamente de la vida que era posible a través del sacrificio de la humanidad de Jesús.

Al principio de su ministerio terrenal, Jesús dijo, “El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna”. Luego, agregó: “Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él”. A los discípulos les resultó muy difícil comprender el significado de estas palabras y dijeron entre ellos: “Dura es esta palabra: ¿quién la puede oír?”—Juan 6:54-56,60

Cuando Jesús notó las dificultades que los discípulos experimentaron, ofreció una explicación. “El espíritu es

el que da vida; la carne nada aprovecha: las palabras que yo os he hablado, son espíritu y son vida”. (vs. 63) Esta fue la forma de Jesús para explicar que sus discípulos no iban a comer su carne ni beber su sangre literalmente, por esto, dice: “nada aprovecha”. En su lugar, su explicación indica que la forma en la que sus seguidos comen su carne y beben su sangre es obedeciendo sus palabras vivificantes. Obedecer las palabras de Jesús significa el reconocimiento de nuestras propias imperfecciones y la necesidad de su obra redentora en nuestro nombre. Asimismo, implica una total dedicación a la voluntad de Dios, lo que significa que aceptaremos la invitación a negarnos a nosotros mismos, tomar nuestra cruz y seguir a Jesús.—Mat. 16:24

La obediencia a las palabras del Maestro, por la que nos apropiamos de su cuerpo roto y de su sangre derramada, significa que nosotros, como él, estaremos dispuestos a dar nuestra vida en servicio y sacrificio. (Rom. 12:1) Esta es la única condición para que alguien pueda recibir la vida durante la actual Era Evangélica. Jesús lo dejó en claro cuando dijo “Porque cualquiera que quisiere salvarsu vida, la perderá, y cualquiera que perdiere su vida por causa de mí, la hallará”.—Mat. 16:25

Esta fue la forma del Maestro de expresar el pensamiento luego explicado por el Apóstol Pablo cuando dijo que tenemos el privilegio de ser bautizados en la muerte de Jesús: “plantados juntamente en él a la semejanza de su muerte” Al ser plantados juntamente en él a la semejanza de su muerte, tenemos la esperanza de ser “o seremos a la de su resurrección”. Si somos muertos con él, también viviremos con él. Si sufrimos, también reinaremos con él.—Rom. 6:3-5; II Tim. 02:11,12

Así, es claro que cuando participamos en los emblemas conmemorativos de panes sin levadura y frutos de la vid,

simboliza que aceptamos el regalo de Dios en nuestro nombre. Además, reconocemos que la única posible respuesta a este regalo es la redención a través de Cristo en el tiempo presente es la presentación de nosotros mismos a Dios en la consagración, tomando nuestra cruz y siguiendo al Maestro en todos los aspectos de nuestra vida, en pensamientos, palabras y actos.

LA SANGRE DEL NUEVO PACTO

Como ya hemos notado, la mañana siguiente a la muerte del Cordero de la pascua en Egipto, todo Israel fue liberado. Esto representa la libertad de toda la humanidad del pecado y la muerte que sigue luego de la que sigue al paso de la “iglesia de los primogénitos” durante la noche de esta Era Evangélica Por lo tanto, es importante que al recordar la muerte de Jesús, tengamos en mente que la salvación y exaltación de la clase de los “primogénitos” no es la culminación del plan y propósito divino. Debemos recordar que la muerte y resurrección de Jesús, así como de la iglesia, que sale en la “primera resurrección”, están conduciendo a la liberación de toda la humanidad en el reino de Dios. (1 Cor. 15:20; Ap. 20:6) El Apóstol Pablo indica: “Sabemos que toda la creación todavía gime a una, como si tuviera dolores de parto...aguardando con ansiedad la revelación de los hijos de Dios”—Rom. 08:22,19, Versión Estándar Internacional

Al instituir la Conmemoración de su muerte inminente, Jesús les recordó a sus discípulos la disposición que se hacía, no solo para ellos, sino para el mundo. Él dijo del cáliz, que contenía el fruto de la vid, “Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre”. (Lucas 22:20, Traducción Literal de Young) Esta es una referencia a la promesa del Nuevo Pacto que se hará durante el reino Mesianico, por medio del cual el mundo entero debe reconciliarse

con Dios.—Jer. 31:31-34; Hechos 15:14-17

Es apropiado que Jesús se refiera a la copa como símbolo de la sangre del Nuevo Pacto. El hecho de que realizar un Nuevo Pacto sea necesario y realizarlo por medio de la sangre derramada de Jesús, implica que aquellos con los que se va a hacer están actualmente alejados de Dios. En el momento en el que Jesús expresó estas palabras, tanto la nación de Israel, así como el mundo entero, fueron alejados de Dios a causa del pecado. Lo mismo ocurre hoy en día. El único medio por el cual la pena por el pecado puede ser anulada es a través de la obra redentora de Cristo. Por lo tanto, su sangre, garantiza la institución futura de este Nuevo Pacto, mediante el cual Israel y los pueblos de las naciones podrán recuperarse y ser bendecidos.

Así, entendemos que la sangre de Jesús tiene un beneficio doble. Primero, es la fuente de vida para la iglesia y lo que hace posible su sacrificio aceptable durante la actual Era Evangélica. Segundo, su sangre también hace posible las bendiciones de la vida eterna que luego será ofrecida al mundo de la humanidad en general. (1 Pe. 1:18-20; I Juan 1:7; Col. 1:19,20) El Apóstol Juan explica el asunto claramente, diciendo que Jesús “Él mismo es la propiciación por nuestros pecados, y no solo por los nuestros, sino también por los del mundo entero”—I Juan 2:2, Nuevo Testamento de Weymouth

Bendecidos seremos si, cuando participemos en la Cena Conmemorativa en 2022, tenemos en mente estos puntos de vista desinteresados. Es un recordatorio, en primer lugar, el regalo del amor de Dios en nombre de toda la humanidad. También nos recuerda el gran privilegio que tenemos de compartir desinteresadamente en la actualidad el servicio y sacrificio del ministerio de Cristo y en preparación para el trabajo de la próxima era. Final-

mente, debemos tener en mente que a través del sacrificio de Jesús y la iglesia finalmente se administrarán las bendiciones de la restitución a un mundo moribundo. En síntesis, conmemoramos esta manifestación del gran principio del amor divino. Es el amor que Dios mismo demostró; el amor que Jesús además ejemplificó; y el amor que debería llenar nuestros corazones. Este mismo amor divino finalmente se manifestará en la bendición de todas las familias de la tierra.

Todos aquellos que reconocen su necesidad de la obra redentora de Cristo y han hecho una plena consagración de sí mismos para hacer la voluntad del Padre, están invitados a participar en la Cena Conmemorativa. Estos, en efecto, deben participar y así renovar sus votos de consagración. Al recordarlo, cada uno debe resolver de nuevo ser fiel, incluso hasta la muerte. Por lo tanto, “corramos con paciencia la carrera que nos es propuesta, Puestos los ojos en al autor y consumidor de la fe, en Jesús; el cual, habiéndole sido propuesto gozo, sufrió la cruz, menospreciando la vergüenza, y sentóse á la diestra del trono de Dios”.—Heb. 12:1,2 ■